

Catecismo 2092 El primer mandamiento: LA ESPERANZA

–Pecados contra la Esperanza–

Mons. JOSE IGNACIO MUNILLA

Obispo de San Sebastián

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

Continuamos comentando el punto

Punto 2092:

Hay dos clases de *presunción*. O bien el hombre presume de sus capacidades (esperando poder salvarse sin la ayuda de lo alto), o bien presume de la omnipotencia o de la misericordia divinas (esperando obtener su perdón sin conversión y la gloria sin mérito).

Para encuadrar los que ayer explicamos y continuar en este punto, es necesario recordar que "la condición del hombre, del cristiano, es la condición de "peregrino".

En el fondo, en nuestra vida, estamos volviendo a realizar la historia del pueblo de Israel, en esa liberación de Egipto para llegar hasta la tierra prometida. El cristiano está en camino

Sería un error quedarnos en Egipto, y también sería un error pretender haber llegado ya a la tierra prometida antes de tiempo: estar en el desierto y pensar que ya hemos llegado a la tierra prometida.

Tenemos que mantener un pulso en nuestro camino: "*NI volver desesperados a Egipto*" pensando que no hay esperanza y de que no hay posibilidad de salir de nuestras esclavitudes.

De hecho esta tentación también la tuvieron los Israelitas: "*Estábamos mejor en Egipto*"; y añoraban la esclavitud. Era el pecado de la desesperanza.

Y también momentos contrarios: de presunción; Momentos que en vez de luchar y ser valientes y dar la batalla para entrar en la tierra prometida, porque tenían miedo de enfrentarse a los que ocupaban esa tierra prometida. Se autoengañaban y se decían: "Si ya hemos llegado, aquí estamos bien" "Hagamos una fiesta, hagamos un becerro de oro, adoremos a falsos dioses. Eso era la presunción de que aquí ya soy feliz y no hace falta que llega hasta la tierra prometida.

Las dos tentaciones son "anticipaciones falsas":

La desesperación "anticipa el fracaso", es el adelanto del infierno, es la negación del propio anhelo de felicidad. Es autodestructiva: el hombre que tiene ese deseo de ser feliz, y el que se desespera, renuncia a lo que es más íntimo a él, que es precisamente ese anhelo de felicidad.

La presunción "anticipa la meta" el cielo, antes de tiempo, cuando todavía no te ha sido dado.

El Santo Cura de Arx decía: *"En mi vida he tenido que luchar más contra la desesperación que contra el orgullo"*.

El mismo Jesús fue tentado en Getsemaní de desesperación. Satanás le tentó a que esa entrega de su vida por la salvación de los hombres, no va a tener el fruto: *"Cuántas almas van a rechazar esa entrega de tu vida..."*

Los santos han tenido este tipo de tentaciones. La tentación de pensar: *"tú que te crees santo, te vas a condenar..."*. Esa experiencia de haber conocido la santidad de Dios, cuando se miran a sí mismos se ven una porquería, ahí está la tentación de la desesperación.

El tema es que la "desesperación" y el "orgullo" se dan al mismo tiempo, en nuestra generación. Lo curioso es que ante los demás, en público, solemos ser presuntuosos, y cuando nos quedamos a solas te desesperas: ante la soledad de tu propia conciencia te desesperas.

Además, hay un momento en que la desesperación se transforma en presunción y viceversa.

Dice Santo Tomás de Aquino, que cuando alguien ve su falta de ideales para luchar contra las tentaciones, cuando ve que está renunciando a los ideales a los que aspiraba, en ese momento: **si no es humilde** para decir: **"necesito conversión": la virtud de la esperanza me está llamando a la conversión**; si no es humilde lo que hace es "sacar pecho" obstinarse, y lo que hace es negar los ideales. Niega que existan ideales, que exista la esperanza, ni que exista nada por lo que merezca la pena luchar.

"comamos y bebamos que mañana moriremos".

Cuando alguien se siente débil, tiene dos reacciones posibles: la reacción humilde de pedir la gracia de Dios para la conversión; o la reacción soberbia de obstinarse y autojustificarse y negar que exista algún ideal y por tanto: pasar de la desesperación a la presunción, en una atacada.

Dice San Agustín, que la "**presunción**" es una **perversa seguridad**. De ahí viene la palabra presumir: uno presume, de lo que en el fondo no tiene: como si pudiese sentirse seguro de lo que no tiene.

Una chica que presume mucho de su belleza y de su físico; esta presumiendo de algo que pronto vendrá a menos, que saldrán arrugas... "Te estas apoyando en algo como si fuera definitivo, que es totalmente pasajero. "Es una perversa seguridad".

El hombre no debe caer en el error de la falsa seguridad: *"El que se sienta seguro, tenga cuidado no caiga"*.

En este punto se habla de dos tipos de presunción:

O bien el hombre presume de sus capacidades (esperando poder salvarse sin la ayuda de lo alto), o bien presume de la omnipotencia o de la misericordia divinas (esperando obtener su perdón sin conversión y la gloria sin mérito).

-*Presume de sus capacidades: Esta es la presunción pelagiana.* El pelagianismo es una herejía de los primeros siglos: Pelagio fue un monje muy riguroso del norte de África. En su doctrina remarcaba mucho la "fuerzas de la voluntad".

No basta con tener ideales bonitos, no basta con tener oraciones muy piadosas. Tanto insistió en que lo importante era la fuerza de voluntad, que lo hizo en detrimento de la necesidad de la gracia para obrar el bien.

Hoy en día, esta "presunción pelagiana", aunque la gente no conozca quien era pelagio, tiene una actualidad, en el sentido de una "**falsa concepción de nosotros mismos**". El no tener un conocimiento real de nuestras propias capacidades.. Esta cultura actúa como si el hombre tuviera "**plena capacidad**".

Es cierto que el hombre tiene capacidades; pero el hombre está "herido". Al fondo en la consecuencia de la negación del pecado original. Es esa presunción de "*Yo soy feliz*", pero negando y ocultando tus heridas.

Continuamente estamos viendo esto; como el hombre está mostrando una felicidad, una plenitud falsa, y cuando se queda a solas se queda en nada.

Esto es una de las cosas que más me ha llamado la atención en el ministerio sacerdotal. Recuerdo que siendo sacerdote recién ordenado, encuentra aún mundo, una cultura que aparece que no necesita de Dios. Que es feliz sin Dios.

Después, cuando vas conociendo a las personas a solas en el seno de su familia, y te das cuenta que la gente está "rota por dentro": "*dime de que presumes y te diré de que careces*".

En el congreso de la "divina misericordia", que tuvo lugar en Roma, no hace mucho tiempo, y al que tuve la ocasión de asistir; una de las cosas que más me impresionó fueron unas palabras del cardenal de Viena Schönborn, que decía: "*Cuando la cultura laicista, pretende afirmar que la única religión es el hombre, tenemos que responderles con **misericordia, misericordia, misericordia***". Como diciendo: "¡Si estamos rotos por dentro, ¿No te das cuenta que esa autoproclamación de la autosuficiencia del hombre, es falsa...?: todos arrastramos carencias y todos tenemos heridas afectivas.

La verdad es que la diferencia entre la Iglesia y esta cultura laicista es que la Iglesia conoce al "hombre por dentro", y la cultura laicista conoce al hombre por fuera_ además le conoce en el momento de "subidón"-.

Por eso, esa concepción pelagiana: El hombre no puede alcanzar por sí mismo la felicidad.

Estamos viendo que "*Querer no es poder*".

Ya lo dijo San Pablo hace dos mil años: "*hago cosas que no quiero hacer, y me veo arrastrado a ellas; y tengo proyectos y deseos que no soy capaz de realizar*".

La Iglesia, además de por la revelación, tiene esa experiencia humanizadora de tratar con la gente, escuchar al hombre en sus desgarramientos interiores.

El segundo tipo del pecado de presunción que dice este punto es:

O bien presume de la omnipotencia o de la misericordia divina (esperando obtener su perdón sin conversión y la gloria sin mérito).

Este es otro tipo de presunción, el de quien dice: "Dios es bueno, por tanto no importa que yo este empecatado; como Dios es bueno nos perdonara a todos". Es un invocar la bondad de Dios para en ella retener justificarnos en todo.

Es como contraponer "misericordia a justicia". No importa que seamos justos, no importa que no seamos santos, porque como Dios es bueno..."

Este es otro tipo de presunción, y de falsa Esperanza Este tipo de presunción no es de tipo pelagiano sin que es de raíz protestante.

Es que la ***misericordia de Dios nos tiene que llevar a ser santos***", a nuestra conversión. Esto lo decía el papa Benedicto XVI en la encíclica "Spes Salvi", en el número 47:

*47. Algunos teólogos recientes piensan que el fuego que arde, y que a la vez salva, es Cristo mismo, el Juez y Salvador. El encuentro con Él es el acto decisivo del Juicio. Ante su mirada, toda falsedad se deshace. Es el encuentro con Él lo que, quemándonos, nos transforma y nos libera para llegar a ser verdaderamente nosotros mismos. En ese momento, todo lo que se ha construido durante la vida puede manifestarse como paja seca, vacua fanfarronería, y derrumbarse. Pero en el dolor de este encuentro, en el cual lo impuro y malsano de nuestro ser se nos presenta con toda claridad, está la salvación. Su mirada, el toque de su corazón, nos cura a través de una transformación, ciertamente dolorosa, « como a través del fuego ». Pero es un dolor bienaventurado, en el cual el poder santo de su amor nos penetra como una llama, permitiéndonos ser por fin totalmente nosotros mismos y, con ello, totalmente de Dios. Así se entiende también con toda claridad la compenetración entre justicia y gracia: nuestro modo de vivir no es irrelevante, pero nuestra inmundicia no nos ensucia eternamente, al menos si permanecemos orientados hacia Cristo, hacia la verdad y el amor. A fin de cuentas, esta suciedad ha sido ya quemada en la Pasión de Cristo. En el momento del Juicio experimentamos y acogemos este predominio de su amor sobre todo el mal en el mundo y en nosotros. El dolor del amor se convierte en nuestra salvación y nuestra alegría. Está claro que no podemos calcular con las medidas cronométricas de este mundo la « duración » de este arder que transforma. El « momento » transformador de este encuentro está fuera del alcance del cronometraje terrenal. Es tiempo del corazón, tiempo del « paso » a la comunión con Dios en el Cuerpo de Cristo [39]. **El Juicio de Dios es esperanza, tanto porque es justicia, como porque es gracia. Si fuera solamente gracia que convierte en irrelevante todo lo que es terrenal, Dios seguiría debiéndonos aún la respuesta a la pregunta sobre la justicia, una pregunta decisiva para nosotros ante la historia y ante Dios mismo.** Si fuera pura justicia, podría ser al final sólo un motivo de temor para todos nosotros. La encarnación de Dios en Cristo ha unido uno con otra –juicio y gracia– de tal modo que la justicia se establece con firmeza: todos nosotros esperamos nuestra salvación « con temor y temblor » (Fil 2,12). No obstante, la gracia nos permite a todos esperar y encaminarnos llenos de confianza al encuentro con el Juez, que conocemos como nuestro « abogado », parakletos (cf. 1 Jn 2,1).*

Dios es infinitamente misericordioso, Dios es infinitamente justo. El hombre puede estar abusando de ese concepto de la bondad de Dios, si ello no le lleva a entregarse a lo conversión.

Algunos confunden el concepto del "**Dios-padre**," con el concepto del "**Dios-abuelo**" (y que me perdonan los abuelos.

Es una presunción de estar invocando la misericordia de Dios, como si la fe pudiese salvar sin las obras. Nuestra fe católica nos dice que nos salvamos "**por la fe y por las obras**", y **las obras son expresión de nuestra fe**".

El apóstol Santiago en su carta dice:

¿De qué te sirve la fe sin obras?. Enseñame tu fe sin obras; y yo por las obras te probare mi fe.

Por tanto también este es un tipo de presunción.

Hay otro tipo de presunciones de tipo calvinista, que hablan de la salvación como una "**predestinación**". "**Si uno esta predestinado, ahí tengo puesta mi esperanza: Si vivo mi vida alegre es que estoy predestinado a la salvación; mientras que si alguien vive su vida triste y deprimido es que ya está presentando a la condenación.**

Es cierto que Dios, en su eterna omnisciencia y sabiduría sabe quién es el que se va a salvar y quien a condenar. Pero el hecho de que Dios lo sepa, eso no ten "condiciona" en absoluto tu libertad a la hora de responder o no , a la llamada de Dios.

Esta palabra de "predestinación" hace mucho daño a mucha gente, porque los confunde mucho.

Piensan que Dios estuviese jugando con nosotros. Pero Dios no juega con nosotros: Dios nos ha dado una libertad, en la que el hombre tiene una capacidad de responder a una llamada o de rechazarla.

Es importante que mantengamos el pulso de nuestro caminar, el "ritmo de nuestra esperanza"; sin pretender anticipar indebidamente la meta; y tampoco caer en la desesperanza de anticipar el fracaso. Tenemos que tener la plena esperanza de que "**Fiel es Dios, para consumir la promesa que ha realizado en nosotros**".

Como decía el Santo Rafael Arnaiz: "*La mayor ciencia consiste en saber esperar*".

Los que se desesperan no saben esperar; los presuntuosos tampoco saben esperar.

La pregunta es "¿Cómo aprendemos a Esperar?"; ¿Cómo aprender a coger ese pulso del ritmo de ser peregrino, sin desesperarse, o pretender que ya he llegado, cuando en realidad no he llegado todavía?

La respuesta es muy clara: **La oración**. La oración es una escuela de Esperanza. El que Espera: ora. El que no ora: no espera.

El que está desesperado no hay nada que hacer: la oración es inútil, por eso no reza.

El presuntuoso tampoco ora, si piensa que ya lo tiene todo, para que le vaya a pedir nada a Dios.

La oración de petición es una oración de los imperfectos, además la necesitamos todos. Sería una presunción pensar que no tengo nada que pedir.

Es más: "*tengo que mendigar la salvación como un don de Dios inmerecido*".

Otra prueba de la Esperanza es el "**santo temor de Dios**".

Como dice Santo Tomas de Aquino: "Se puede pecar por tener miedo" –Jesús dice: "*Yo he vencido al miedo*": "*No temas, hombre de poca fe, ¿Por qué has tenido miedo?*".

Pero hay un tipo de temor, de quien no es presuntuoso, es el que sabe que esta de camino y sabe también que podría no llegar a la meta.

Job 41, 25:

25 *No hay en la tierra semejante a él, que ha sido hecho intrépido.*

26 *Mira a la cara a los más altos, es rey de todos los hijos del orgullo.*

Eclesiástico 1, 28:

"El que no tiene temor, no puede ser justificado"

Proverbios 14, 16:

16 *El sabio teme el mal y de él se aparta, el necio es presuntuoso y confiado.*

Salmo 113, 11:

Esperan en el Señor, los que le temen.

El temor es malo en el sentido que refleja una desconfianza de Dios; mientras que el temor es bueno, en el sentido que refleja una desconfianza de en nosotros mismos:

"Todo lo espero de Dios y todo lo temo de mí".

Es más: uno de los siete dones del Espíritu Santo es el Santo Temor de Dios.

Hay dos tipos de temores: El temor servil y el temor del hijo.

-El temor servil –que no es el temor más perfecto, pero tampoco hay que despreciarlo- es el temor a la pena, al castigo.

-El temor del hijo, es más el temor a la culpa, el temor a la ofensa. Más que me duele porque me podéis castigarme con las penas del infierno, me *"duele también por haberos ofendido"*; por haber ofendido la bondad.

En el fondo está aquí la distinción entre contrición y astricción.

Uno de los signos de que no andamos bien en la virtud de la Esperanza es que hablamos poco del mas allá. Predicamos poco la doctrina católica de "condenación, salvación y purgatorio".

El papa Benedicto XVI en su encíclica "Spes Salvi", al final de la encíclica dedica unas páginas al tema del cielo del infierno y del purgatorio.

En resumen:

La poca oración es indicativo de que la virtud de la esperanza la tenemos floja.

El silenciamiento o el no cuestionamiento el más allá de la muerte; que no nos cuestionemos si mi vida es conforme a los designios de Dios y a la voluntad de Dios. Esto es también un signo de que la virtud de la Esperanza es débil.

Una cita de San Pascasio Radberto:

:El santo temor, guarda y protege la "cima de la esperanza"

San Bernardo:

El desconocimiento propio, genera soberbia; pero el desconocimiento de Dios genera desesperación.

Lo dejamos aquí.